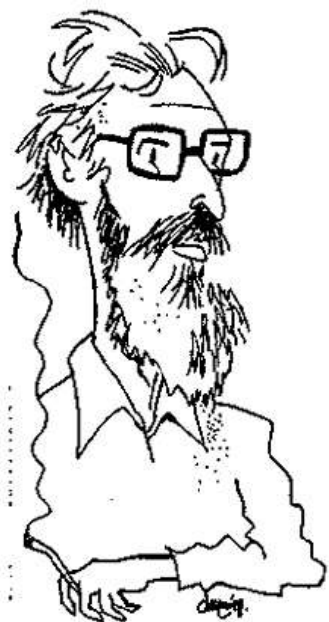


Elkin Obregón

**Caricaturista, escritor, traductor, amigo,
es uno de los tipos más queridos en Medellín**

Un perfil por Héctor Rincón



Cuando se muera –que Dios lo tenga para mucho más luego– Elkin Obregón va a ser un fantasma. Rondará teatros, cines, bares, con su figura de hidalgo de todos los tiempos, conversará de teatro, de cine, de literatura. Y le dirá a sus interlocutores del 2035 las mismas verdades que les dijo a los de 1932, les llevará mensajes del antier y del ayer, y les señalará el camino del año 3010, como ha hecho con tantos y tantos que han pasado por su mesa.

Obregón es de todos los tiempos. Tiene en realidad tanto más de 50 años, que son los mismos años que tiene desde hace años. Ni más ni menos.

En su memoria está sin desgastes una Medellín deliciosa que suele recordar sin la menor contaminación de la nostalgia. Su condición de hombre de todos los tiempos lo hace hablar en presente de la película con Pola Negri anoche en el teatro Granada, con el mismo encanto y dedicación como si hablara del ciclo de Spike Lee anoche en el Colombo Americano.

Por ese saberse ubicar en el tiempo y en el lugar, sintoniza con varias generaciones. Tiene una fluida conversación con tu abuelo. Trata de tú a tu mamá. Es amiguísimo tuyo. Saluda precioso y cálido a tu hija. Exento de zalamerías y desprovisto de lenguajes relacionísticos, su empatía transgeneracional, entonces, es genuina.

Pero no es tan genuina como su figura, en la que incluye, primordialmente, su vestimenta y sus barbas. Obregón, que es hombre para las anécdotas, es el dueño de una que lo desviste: dicen que en su

Es como todo: dicho antioqueño que no quiere decir nada

casa su ropa no se la echan a lavar, sino a freír. El chiste –que puede que no le favorezca– ni le va ni le viene, porque sabe que en él no hay venenos, que sus pantalones al filo del abismo dan para cualquier tiro de gracia, y que cuando toda la vida se ha militado, como él, en el humor corrosivo, hay que estar preparado, para los chistes agrios.

Obregón es ácido y negro, rápido y rotundo, en el chiste. Y no sólo hablado, en las conversaciones fluidas con sus interlocutores avispados, sino en lo escrito y en lo dibujado. Escritor, sí, con un lenguaje reposado y ocre; y dibujante, sí, caricaturista, de los que en este país escasean: de los que huyen de las frases cajonudas, de los vacunados contra las coyunturas propicias, de los que pellizcan después de la primera lectura, de la segunda lectura, de la tercera lectura.

Que sea todo eso (conversador, escritor, caricaturista) y, además, un tranquilo musicólogo, un gustoso cinéfilo, un lujurioso lector, tiene orígenes de entrecasa. Segundo hijo de una familia de tres, de su papá, que se llamó Carlos, bebió curiosidad y sabiduría. Y de su mamá, que se llamó Alicia, comió calidez y discreción. Estudió “en el pupitre” de atrás de un colegio que se llamaba El Ateneo Antioqueño y que existió frente a donde hoy queda el Colombo Americano. Allí no se graduó de bachiller sino en San Ignacio y de ahí pasó a arquitectura a la Bolivariana, donde estudió como ocho semestres. No se graduó de eso aunque tantos semestres le fueron suficientes para diseñar por los lados del estadio su única obra de cemento: una casa intrincada, original muy, que tuvo el destino imprevisto de una casa de citas.

Además de sus deleites intelectuales, a los que se debe sumar la labor de traductor del portugués, lengua que lo embruja como toda la cultura del Brasil, país donde vivió largo y tendido, a Obregón le gusta comer, beber y fumar. Y viajar. Por ser hombre de anécdotas hay una que le corona su sedentarismo de centro de Medellín, su inmovilismo de biblioteca: que se atreve tan poco al peregrinaje, que para atravesar La Avenida Oriental se tiene que tomar un valium. Puro cuento: Obregón conoce mundo, no sólo por haberlo visto y leído, sino porque lo ha recorrido con sus propias piernas, con las que camina a un ritmo que no le sale con su figura estática.

Pero es cierto que lo que más camina es el trayecto de ocho metros que hay entre su casa al borde del viejo barrio Prado, hasta un granero

que se llama Su Desayuno, del cual es adicto y afecto al punto de que a él se debe el nombre que le puso a la columna de nostalgias que escribe en esta revista.

En ese lugar de la ciudad queda el mundo más asiduo de este último representante de la bohemia auténtica. Allí tiene su fortaleza este bohemio puro de noble corazón y gran cabeza, que lo es –bohemio– en el sentido no escueto de su gusto por la noche, por la tertulia, por las copas, que también. Lo es el sentido del trabajo intelectual que lo hace un hombre ocupado siempre en una tarea importante, engarzado siempre en un proyecto largo y lo es también en el sentido de que no obstante la soltería permisiva, mantiene intacto su centro y siempre, siempre, está lúcido. Una lucidez a prueba de noches largas y de amenazas de la vida moderna, a la que no ha cedido la más importante de sus joyas: la de desdeñar los valores de la fortuna, el metal envilecedor, porque ha aprendido desde hace tiempos a vivir con poco para vivir feliz.

Hasta allá llega a buscarlo su caudalosa legión de *fans* para preguntarle tareas o angustias, para oírle sentencias e historias, para averiguarle por un libro y pedírselo prestado, para oírle su música, para decirle, en fin y de todas maneras, cuánto lo quieren porque carajo si a Obregón lo quieren.

Julio de 1996